356

verificada en el mundo se ha realizado sobre la cima del Calvario.

El punto céntrico de la tragedia es la elección del héroe. Éste debe inspirar vehementes simpatías por su grandeza moral, es decir, por grandes desgracias soportadas, por dificultades vencidas, por un desenlace sangriento, tristísimo y conmovedor, pero que en último término sea triunfal. El fatalismo de los antiguos, aquellas escenas de horror en que naufragaba la inocencia, el valor y la virtud sin esperanzas de levantarse, digase lo que se quiera, causan siempre una impresion desagradable, un sentimiento de horror que tiende á alzarse contra la Providencia, v que es por lo mismo inmoral y antiestético, pues va contra la naturaleza de las cosas. En la renombrada tragedia de Shakspeare, Romeo y Julieta, piensen otros lo que les plazca, veo un gran defecto en el desenlace, pues presenta el suicidio de los héroes como una hazaña digna de inmortalizarse en el mármol, y como fruto de una acción tan baja en sí misma y tan inmoral y contraria á la verdadera grandeza de ánimo, aun á los ojos de los personajes de la tragedia, pues era ésta, entre cristianos, la reconciliación y amistad de las dos familias que se odiaban de muerte. La moral cristiana nada gana con el panegírico de estos héroes, que acaban sus acciones generosas, y la grandeza que habian mostrado en superar grandes infortunios, lanzándose desesperados al abismo de la maldad.

¡ Cuán diferente espectáculo ofrecen los divinos

héroes del Gólgota! Jesucristo, el Hombre-Dios, después que ha llenado la tierra con los prodigios de su sabiduría, con las maravillas de su bondad, con los milagros de su omnipotencia, cae, víctima de la envidia, en un abismo de males y de dolores y es puesto en un afrentoso patíbulo. Allí le acompañan los desgarradores lamentos del amor maternal, el Corazón de una Madre, que es también sacrificada en el Hijo, y todo contribuye á hacer más amargo el cáliz de la pasión y á acrecentar hasta el último extremo la desgracia y el dolor de los dos héroes. Pero ; qué grandeza de ánimo se ostenta en la frente de entrambos!

Jesucristo, desde el árbol santo, sólo despega los labios para pedir perdón por sus enemigos y excusar su horrible pecado; la Madre está firme y de pie junto á la cruz, con el Corazón traspasado y ofreciendo la víctima inmaculada de su Hijo por la Redención del mundo. Cuando parece que sobre los dos héroes se han amontonado todas las calamidades, la naturaleza gime de dolor; se obscurece el sol cubriendo con un velo aquella horrible escena; pártense las piedras de quebranto; los cadáveres, como aterrorizados, se agitan en los sepulcros, que se abren, y todo el orbe da espantosas señales que confunden al pueblo deicida. Muere, finalmente, Jesucristo entre aquellas grandes disonancias de la naturaleza que pregonan su inocencia y su divinidad, y desde aquel punto comienza ya el triunfo más glorioso que reconocen los siglos. Quedan firmadas las paces entre el cielo y la tierra, abiertos los cielos, rotas las cadenas con que 358

el infierno tenía aprisionados los justos de la Antigua Alianza, el mundo redimido, la divina Justicia satisfecha y la harmonía de la creación entera restablecida para siempre.

El Corazón de la pobre Madre experimenta aún los extremos del dolor al abrazar á su Hijo difunto, apura aún hasta las últimas heces el cáliz de la amargura, consuma con sus lágrimas de Madre, derramadas en los funerales del Hombre-Dios, la gran tragedia del Calvario, mas al fin acaba ella por triunfar también con Jesucristo en las alegrías de la Resurrección.

¡ Qué caracteres tan marcados y tan varios presenta esta divina tragedia! Caracteres envidiosos é hipócritas en los escribas y fariseos, traidores en Judas, cobardes y viles en Pilatos, ambiciosos y vanos en Herodes, débiles en los discípulos que huyen amedrentados, mudables é ignorantes en la turba seducida, burlones y crueles en los soldados del Pretorio, compasivos en las piadosas mujeres de Jerusalén que seguían llorando al Salvador, fieles en el discípulo amado del Señor, y tiernos y heroicos en el Corazón dolorido, resignado y valeroso de la Madre.

¡Qué grupos tanadmirables pueden formarse! Los sacerdotes, los fariseos y Judas, urdiendo la horrible trama que debía precipitar al Salvador al extremo de los suplicios; Pilatos, cayendo en ella por temor mundano; Herodes por vanidad, y la turba por la ignorancia y por la seducción. Las hijas de Jerusalén, vertiendo lágrimas de compasión por los padecimien-

tos de Cristo; los apóstoles fugitivos, lamentando en el secreto de sus corazones la muerte de su divino Maestro; los discípulos ocultos del Salvador, escondidos en sus casas y fluctuando entre el dolor y el miedo.

¡ Qué escenas tan interesantes y conmovedoras en el decurso de la Pasión! La negación de Pedro, y su pronta conversión á una simple mirada de Jesús; el buen ladrón glorificando á Cristo cuando todos le blasfeman, y la prontitud del Salvador en premiar con gloria eterna aquella buena obra; la confesión del Centurión; el pueblo que había sido engañado arrepentido ya, y que se aleja de aquel monte fúnebre hiriéndose los pechos.

Otras escenas ponen en acción una tempestad de pasiones infernales; Judas, atrozmente atormentado por los remordimientos de su espantoso crimen, lanzándose al abismo de la desesperación y acabando por ahorcarse; las vacilaciones de un juez bastante prudente para reconocer la verdad, pero falso y débil para defenderla por no perder su empleo y por un vano temor; la refinada perfidia y el odio satánico de los perseguidores de Jesús; las crueles vías de conciliación intentadas por Pilatos para salvar la vida de Cristo y satisfacer en parte la furia de sus acusadores; en fin, el que atentamente la considere hallará tantos tipos del corazón humano, ora en el rebajamiento de sus pasiones, ora en la nobleza y dignidad de sus afectos, ora en la lucha de sentimientos contrarios, que no necesitará de otra escuela para llegar á conocer la vida íntima del hombre, los misterios de su corazón.

FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

Presentóse en la portería de los Padres Misioneros del Corazón de María, establecidos en La Serena (Chile), un hombre desconocido pidiendo confesión para un enfermo grave, pero enemigo de los curas, tanto que amenazaba matar á quien le hablara de confesión. Se avisó al P. Medina, el cual, según el caso reclamaba, ante todo quiso ir á la iglesia para encomendarse á Dios. Ya en la porteria, supo que el hombre se había ido sin decir la calle ni el número de la casa, motivo por el cual estaba ya resuelto á no salir de casa. Pero como si una voz secreta le dijera: "adelante,, sale á la calle, y anda y más anda preguntando por el enfermo, recibiendo por toda respuesta: "no hay enfermo alguno en estos barrios ". Llega casi á las afueras de la ciudad, y cuando ya estaba resuelto á volverse á casa, le llama un caballero para que hiciese el favor de confesar á un enfermo, aunque no era el que se buscaba. Le confiesa, y al despedirse de la casa, la familia le da razón de quién era el otro enfermo que buscaba y en dónde vivía, y para completar el obsequio le proporcionaron un coche, pues vivia en el otro extremo de la ciudad y eran ya cerca de las siete de la noche.

Llegó, y los que cuidaban al enfermo le refirieron

que éste se ponía muy furioso cuando se le hablaba de confesión; con todo, el Padre Misionero quiso ver al enfermo, encomendando de nuevo al Señor tan espinoso asunto. En efecto: fué cierto lo que le habían dicho, puesto que rehusaba los Sacramentos con terquedad; mas ante las reflexiones tiernas del P. Medina se rindió, confesóse humildemente, y él mismo pidió el santo Viático, que le administró el señor cura prontamente, quedando con la más santa alegría los de la familia, el enfermo y toda nuestra Casa.

Nada de extraño es lo sucedido; se vencieron los obstáculos, se rindió el obstinado porque cabalmente en aquella misma hora en nuestra iglesia se celebraba la novena al Corazón inmaculado, rezándose una Salve á voz en grito por la conversión de los pecadores, cantando centenares de devotos el ¡ Oh Corazón de María!, socorred los pecadores.

